

# Geoda

Justo César Pérez Vega



# Capítulo 1

## I - El Portal

*"Stop dreaming... And wake up..."*

Siempre ha sentido una extraña atracción por el bosque, pero nunca le dejaron sobrepasar los límites de trabajo de los leñadores. Habitualmente se sentaba de noche en uno de los muros de la ciudad a observar, pasmado, el rápido crecimiento de los árboles. Pero un día, al poco tiempo de su trece cumpleaños, decidió aventurarse dentro del bosque. Esa noche, todo cambio...

Él era un chico normal, que vivía en una isla al noroeste del gran paso del lago. Era una isla como otra cualquiera, salvo que disfrutaba de unas altas temperaturas imposibles en estas latitudes (el polo se encontraba relativamente cerca, con sus perpetuas nieves). Nadie sabe el porqué de estas condiciones climáticas, pero existe la leyenda del templo de los Entes, la cual cuenta como se reunieron hace siglos los principales Entes para crear un templo en honor de la paz finalmente obtenida, tras milenios de luchas. Desde aquel evento se dice que cambio la climatología en la isla, pasando de ser un paisaje polar a una hermosa isla boscosa con veranos calurosos e inviernos templados.

Los pocos colonos humanos que habitan la isla se dedican casi por entero al negocio maderero, excepto unas pocas familias de pescadores y algunas de otros servicios básicos como la herrería o la taberna. Esta predisposición maderera, a pesar de a penas poseer unos pocos miles de hectáreas de bosque (una pequeña porción de lo que posee, por ejemplo, el Bosque de los Golems) es por la extraña propiedad del bosque de crecer durante la noche a una velocidad espeluznante. Precisamente por esta velocidad de crecimiento, los primeros intentos de colonización de la isla fueron echados por tierra porque los árboles que durante la noche crecían acababan destruyendo las pocas casas construidas durante el día. Por ese motivo el pueblo se encuentra situado a nivel de playa, sobre una plataforma de piedra construida por golems.

Él es un muchacho como otro cualquiera de doce años, delgado pero de complexión fuerte por trabajar ocasionalmente ayudando a su padre, un leñador como mucha más gente del pueblo. Castaño de pelo largo recogido en una coleta alta y barba apenas insinuada. Vestido con una camiseta simple de lana roja, y unos pantalones de piel anudados con un cinturón doble de cuero del que cuelga permanentemente una pequeña hacha de mano, regalo de su padre en su doce cumpleaños.

Había tomado muy súbitamente esta decisión, y apenas llevaba más equipo que su vieja hacha de mano, y una pequeña bandolera donde

siempre llevaba algo de comida por si le asaltaba el hambre (que, desafortunadamente, solía ser lo normal).

Lo único que conocía del bosque eran los terrenos que eran talados diariamente. A esas horas de la noche los árboles cortados tenían ya la altura de un muchacho de diez años y seguían creciendo a ojos vistas. Esta área tenía aproximadamente la misma extensión que el pueblo y estaba delimitada con unas gruesas cuerdas atadas a los árboles a distintas alturas. Con una inusitada confianza en si mismo, recorrió el espacio que le separaba de las cuerdas mientras observaba maravillado el crecimiento de los árboles. Al llegar a las cuerdas, hecho un vistazo hacia atrás para distinguir a alguien que pudiera haberle visto, pero la muralla del pueblo seguía desierta, como cada noche.

Sintió un gran nerviosismo mientras atravesaba las cuerdas, iba a explorar el bosque. *No iré demasiado lejos*, pensó, tratando de convencerse. Pero por dentro se moría de ganas de recorrer cada palmo del bosque. Quería descubrir la fuente de la extraña magia que aceleraba de aquella manera el crecimiento de los árboles. A medida que se adentraba en el bosque, la distancia y los árboles que se iban desarrollando (echando la mirada hacia atrás, pudo ver que ya eran algo más altos que él) le empezaron a tapar la muralla del pueblo, que a cada paso se hacía menos visible, hasta que ésta desapareció.

Preocupado por el camino de vuelta, saco su pequeña hacha. Rezando para que no cicatrizasen esa noche, dio dos pequeños golpes en el árbol más cercano, dejando marcada una pequeña cruz visible desde el siguiente árbol que marcaba. Apenas cuatro árboles marcados, le invadió una extraña sensación.

Alguien le observaba.

Su nerviosismo aumentaba a medida que iba avanzando. Cauteloso, miraba hacia todas partes, intentando ver qué o quién le seguía. Tan sólo unos cientos de metros más adelante, mientras miraba hacia atrás, pudo entrever dos ojos brillando fugazmente. Asegurándose de que tenía bien agarrada su hacha, aceleró el paso intentando recordar el camino de vuelta. Súbitamente, cayó en la cuenta de que desde que hizo la cuarta marca, no había marcado ningún árbol más, por lo que se hallaba perdido.

Invadido por el pánico, el muchacho echo a correr, pero cada vez que se daba la vuelta seguía viendo aquellos dos ojos amarillos. La sensación de culpa por haberse metido en el bosque aun estando prohibido le empezó a invadir. Confiaba en que cuando llegase nadie se hubiera enterado de su marcha, eso si, pensó, si es que conseguía llegar vivo a casa. Una vez más miro hacia atrás, y los ojos se habían transformado en un lobo grisáceo, delgado pero lo suficientemente grande como para poder

matarle sin ayuda. En una desesperada tentativa, el muchacho lanzó un golpe hacia atrás intentando, si no darle, por lo menos retrasar al lobo lo suficiente como para poder llegar a casa. Sin embargo, el lobo apenas le perdió el paso.

Tras un buen rato corriendo con el lobo a sus espaldas, el cansancio empezó a hacer mella en él, por lo que el lobo se acercaba peligrosamente. Con la adrenalina corriendo por sus venas, su mente bullía con posibles caminos de huida a través del bosque. Zig-zagueó entre los árboles, pero parecía que el lobo leyera su mente y anticipase sus movimientos. Un cambio brusco de dirección únicamente sirvió para que el lobo se le lanzase a por él de un salto, y aunque sólo consiguió empujarle, se asustó de sobremanera.

Dándose prácticamente por vencido, y tras haber corrido varios kilómetros con el lobo pisándole los talones, apenas le quedaban fuerzas para seguir corriendo. Con las piernas ardiéndole, boqueando con esfuerzo a cada paso que daba, notaba el lobo apenas a metro y medio de distancia. Distancia que al mirar para atrás consiguió aumentar, porque de cerca parecía que el lobo había aumentado de tamaño, y aunque lo creía imposible, su miedo se acrecentó, dándole fuerzas para aumentar un poco su velocidad. Aunque estas nuevas fuerzas no duraron mucho, porque al mirar hacia delante se encontró con un árbol a demasiada corta distancia como para poder evitarlo sin que el lobo le diera caza.

Como última solución a la desesperada, el joven saltó hacia el árbol, pero no intentó escalarlo porque no se veía capaz. En vez de escalar, apoyó el pie derecho en el tronco del árbol, y reuniendo todas sus fuerzas restantes, saltó hacia atrás por encima del sorprendido lobo, que también estaba cansado y nada pudo hacer para evitar el árbol.

Cuando finalmente, después de unos instantes eternos, puso los pies en el suelo, delante de sí tenía al lobo que intentaba darse la vuelta medio aturdido después de golpearse la cabeza contra el duro tronco del árbol. Aprovechando esta situación, y gritando de ira, el muchacho alzó su pequeña hacha con las dos manos y con un brusco movimiento la dejó caer en el lomo del lobo, que cayó al suelo soltando un gáñido. No contento con eso, y dominado por el miedo y la furia que lo envolvía, uno tras otro, iban cayendo sobre el cuerpo del lobo furiosos golpes de su hacha.

Unos minutos más tarde detuvo sus golpes sobre el cuerpo inerte del lobo, que yacía desplomado y sangrando profusamente por las múltiples heridas que su pequeña hacha había causado. Intentando controlar los temblores de pánico que aun recorrían su cuerpo, se percató de que tenía el hacha y ambas manos completamente cubiertas de sangre.

– Estoy... vivo... –dijo entre jadeos– Estoy vivo... –repitió, mientras una sonrisa empezaba a formarse en sus labios y su corazón comenzaba a recuperar lentamente su ritmo normal– Estoy vivo... pero perdido ¿Cómo demonios voy a arreglármelas para volver? –la sonrisa desapareció de su rostro en cuanto éste pensamiento cruzo su mente.

La luna aun iluminaba el bosque cuando se levanto y se puso a andar. Sacudiendo los brazos para intentar quitarse al menos parte de la sangre del lobo, oteó las cercanías en busca de alguna de las escasas marcas que hizo.

Tras una hora andando por los alrededores, de repente vio algo a lo lejos, algo distinto del monótono paisaje de troncos y hojarasca del suelo. Acelerando el paso, se fue acercando con la vista fija en lo que había descubierto. Súbitamente se paro, dándose cuenta de que lo que había visto era tan sólo el cuerpo del lobo que había matado tan sólo un rato antes. Había estado dando un rodeo de casi una hora, para acabar en el mismo sitio que empezó. Desanimado ya casi por completo, apoyo su espalda en el árbol sobre el que se había apoyado al saltar y, deslizándose hasta el suelo, se quedo sentado en su base.

Inconscientemente, mientras pensaba, echó mano de su bandolera, y abriéndola distraídamente, saco el mendrugo de pan que le había sobrado esa noche de la cena con su padre y comenzó a mordisquearlo. Un rato después, mientras seguía enfrascado en sus pensamientos, sintió que se le entumecían las piernas. Al ponerse de pie para estirar sus músculos, se dio cuenta de que aun tenía el mendrugo de pan en la mano, con apenas dos mordiscos. Sacudiendo la cabeza, volvió a meterlo en la bandolera. No se cuanto tiempo tendré que vagabundear por este bosque, pensó, así que mejor que me guarde la comida cuanto tiempo sea necesario.

Justo cuando cerró de nuevo su bolsa, se quedo paralizado, pues una brisa gélida, demasiado fría como para ser natural, ya que habían dejado el invierno atrás hace meses, barrió las hojas que había debajo suyo. Levantando rápidamente la cabeza, pudo ver que el viento recorría un camino específico, que no soplaba al azar. A pesar de que no sabía donde le conduciría este viento, empezó a andar de cara a la gélida brisa, renovadas sus esperanzas de encontrar un camino de salida del bosque.

Al principio le resultaba vigorizante hallar un poco de frescor en un bosque tan caluroso, pero a medida que iba avanzando por el camino que trazaba el viento, este se iba volviendo más fuerte y más frío, hasta que pasada casi una hora, caminaba castañeteando los dientes, abrazándose para resguardar su calor a duras penas a través de un viento muy frío.

Reuniendo fuerzas para seguir caminando en contra de la dirección del viento, el muchacho continuó durante más de dos horas. De improviso y por instinto, se paro. Lentamente, subió los ojos hasta que se encontró

con que entre dos árboles se veía un paisaje muy diferente al que se repetía incansablemente en el bosque.

No dando crédito a lo que sus ojos veían, se los frotó con los puños cerrados, pero cuando los abrió de nuevo allí seguía. Aun incrédulo, miró detrás de los árboles en los que veía el extraño paisaje. Lo que vio le dejó boquiabierto, ya que detrás de esos árboles tan sólo podía ver un ligero resplandor que formaba ondas entre los dos árboles. Esto no puede ser, esto no puede estar aquí, pensó mientras volvía a enfrentarse al paisaje que misteriosamente se había encontrado.

Entre los árboles se veía lo que parecía ser un prado inacabable, de verde hierba mecida suavemente por el viento. Al fondo, casi en el horizonte, se podían vislumbrar unas formas, quizás un edificio o quizás simplemente unas rocas. Extrañamente, a pesar de que el bosque seguía estando únicamente iluminado por la luna, en el prado era de día, brillaba el sol, no había nube alguna en el cielo que brillaba con un azul intenso. Maravillado por lo que tenía ante sus ojos, el muchacho empezó a andar en dirección al prado. Alargó primero un brazo entre los árboles, asegurándose así de que no era una ilusión que se rompería al tocarla. Su mano atravesó limpiamente el espacio entre los dos árboles. En ese momento, unos extraños símbolos comenzaron a brillar en éstos, que no eran tal, sino lo que parecían dos columnas enormes posiblemente sostenían el portal hacia aquel maravilloso prado.

Su mano, aun extendida, era acariciada por una cálida brisa, como dándole la bienvenida. Con una sonrisa en los labios, avanzó hacia la pradera que tenía ante sí. Un viento comenzó a soplar. Pero no era un viento frío como el que le había guiado, sino uno caliente, lleno de fuerza. El viento soplaba desde el portal, empujándole hacia atrás. Comenzó a notar como la fuerza del viento hacia que le silbaran los oídos.

*Un momento, ¿qué es esto? Se preguntó, sorprendido, ¡el viento trae mi nombre!* Cuando plantó los pies para evitar que le barrieran, se paró a escuchar.

– Ethan... –gemía el viento en sus oídos– Ethan... Ethan... aun no es tu momento...

– ¡¿Mi momento?!¿¿Como que no es mi momento?! –gritó Ethan al viento.

– Aun no es tu momento... –repetía el viento, que cada vez le empujaba con más fuerza

– ¡¡Maldita sea!! ¿¿Como que no es mi momento?! –repitió al viento– ¡¿a

qué te refieres con eso!?

– Pronto Ethan... –gemía el viento– pronto llegara el momento... y ahora Ethan... despierta...

Alrededor de Ethan todo se volvió blanco... y después negro.

– ¡Hijo! ¡Despierta! ¡Tienes que echarnos una mano! –El muchacho estaba siendo zarandeado por su padre para que se despertara– ¡Ethan despierta! ¡Esta mañana, justo antes de que amaneciera, unos lobos han atacado a Hans y a otros leñadores del primer turno!

– ¿Qué? –El muchacho seguía adormilado cuando abrió los ojos – ¿qué ha pasado, padre?

– ¡Corre! ¡Levántate! Tienes que ayudarnos a llevar a la sanadora los heridos. Unos lobos han atacado a los leñadores del primer turno –le gritó su padre mientras bajaba de nuevo las escaleras de su casa

Sacudiendo la cabeza para intentar despejarse, el muchacho se destapo y se sentó en la cama. Por alguna extraña razón, se encontraba aun más cansado que el día anterior. *¿Lobos?, pensó, pero si en esta región nunca se han encontrado más seres vivos aparte de los árboles. Se levanto rápidamente y se dirigió hacia la ventana, donde habitualmente dejaba sus botas, pero no estaban ahí.*

– Pero... si no están mis botas aquí... –de repente cayó en la cuenta de que aun las llevaba puestas– ¿me he acostado...? –Sus ojos se posaron en sus manos que estaban misteriosamente estaban cubiertas de sangre, sangre seca, que no era la suya, dado que no tenía ninguna herida en las manos– un momento, esto no puede ser.

Movido por un extraño presentimiento, echo mano a su cinturón, donde no debería estar el hacha, porque siempre la dejaba colocada con las demás herramientas en la planta de abajo. Pero ahí estaba, su pequeña hacha de mano. Atenazado por el miedo, bajo la vista lentamente hacia su hacha, ahí la tenía, manchada, como sus manos, de sangre seca. *No puede ser, se repetía, no puede ser, si hubiera sido más que un mal sueño, no estaría cubierto de sangre, ni vestido, ni...*

– ¡Maldita sea! ¡Te necesitamos aquí! ¡Date prisa, por favor! –la voz provenía de la calle, donde su padre lo llamaba a gritos.

Intentando sacarse el asunto de la cabeza, bajó corriendo la escalera, pero antes de salir a la calle, recordó lo manchadas que estaban sus manos. Torpemente, se acercó a la pila con agua, pero viendo lo clara que seguía el agua, desechó la idea, pensando que posiblemente no atraería preguntas porque los que se dieran cuenta de ello pensarían que

se había mandado transportando a los heridos.

– ¿Qué demonios hacías ahí dentro? –Le espetó su padre mientras se unía a él en una carrera hacia la zona de tala– bueno, no me importa, démonos prisa, hay muchos heridos –le informó– afortunadamente no hay ningún muerto, aunque casi todos los del primer turno están heridos, unos pocos incluso han perdido algún miembro.

– ¿Qué ha pasado? ¿Lobos? –preguntó él. Ya se veían las puertas de la ciudad cara al bosque. Se podía ver gente afanada transportando heridos hacia la casa de la sanadora– no creo que nuestra sanadora tenga suficientes camas para todo el mundo si de verdad hay tanta gente herida– siguió hablando el muchacho mientras asomaba la preocupación en su rostro.

– Sí, eso nos han dicho los que hay conscientes, unos lobos súbitamente salieron del bosque y comenzaron a atacarles –ya cerca de la puerta, se cruzaron con dos hombres que transportaban a otro que había perdido una pierna– venimos a ayudar en cuanto nos hemos enterado, ¿quedan muchos que llevar? –preguntó.

– Si, la casa de la bruja esta ya llena, los pocos que quedan los estamos llevando a sus vecinos –dijo uno de ellos.

– De acuerdo.

Rápidamente, el muchacho y su padre se dirigieron hacia la zona de tala, donde vieron que quedaban varios cuerpos tendidos en el suelo

– Por suerte, tan sólo quedan unos pocos–murmuró el muchacho, preocupado.

– Sí, los de más gravedad fueron los primeros en ser trasladados.

– Bien, espero que no haya que enterrar a nadie.

– Yo también, hijo –confirmó su padre– ven, veo a Hans, vamos ayudarlo.

Se acercaron al hombre que el padre del muchacho señalaba. Cuando se acercaron, Ethan confirmó que se trataba de Hans, un compañero de su padre, que se habían criado juntos en la isla. Su corto pelo muy estaba ligeramente manchado de sangre. Su rostro, habitualmente risueño, no tenía emoción alguna. A primera vista tan sólo tenía heridas en ambos brazos y en una pierna, como si los lobos lo hubieran intentado arrastrar hacia el bosque antes de que vinieran los demás leñadores a echarles.

– Maldición, ¿hemos llegado tarde? –dijo su padre, asustado.

– Déjame ver – dijo él poniéndole una mano sobre el pecho y acercando su oreja a la nariz de Hans– no, padre, sigue vivo, su corazón late y respira, tan sólo se debe de haber desmayado.

– Es un alivio. Venga, ayúdame a llevarle a casa de Alicia, vive detrás de la bruja.

Los dos a una, levantaron a Hans, cogiéndolo entre ambos por los brazos y las piernas. Con cuidado, le llevaron a través de la zona de tala hacia el pueblo lo más rápido que pudieron. Parándose a la puerta del pueblo, el muchacho, que iba delante, localizo con la mirada la casa de la sanadora y se dirigió hacia allí.

Pasando al lado de la ventana de la casa, pudieron ver su interior, atestado de heridos gimiendo y quejándose en voz baja. También pudo ver fugazmente a la sanadora, a la que todos calificaban de bruja, a la vez que pasaban. *Lobos*, pensó él, *pero si tan sólo nosotros poblamos esta isla...* No podía quitárselo de la cabeza. Al llegar a la casa de Alicia, vieron que su puerta estaba abierta, y por lo que se pudo oír a la vez que entraban, habían dejado ya unos pocos heridos dentro.

– ¡Alicia! –Grito su padre mientras entraban en la casa– traemos a Hans, ¿dónde podemos dejarle?

– Intentad subirle al piso de arriba, Eric –dijo una voz femenina desde una habitación contigua, sonaba muy preocupada– ahora voy a echarle un vistazo a ver qué puedo hacer.

Y así lo hicieron. Subieron a Hans trabajosamente por las escaleras hasta el piso de arriba, donde le depositaron en una de las camas que habían improvisado. A pesar del zarandeo al que le habían sometido, Hans seguía sumido en la inconsciencia. Después de que Ethan comprobara que Hans seguía respirando, se acercó a la ventana, orientada hacia la zona de tala. Aunque poco se podía apreciar desde la distancia, el muchacho pudo ver que no quedaban más heridos, que los últimos están siendo trasladados por sus compañeros del segundo turno y otros ciudadanos que habían acudido a ayudar y que se dirigían también a casa de Alicia. Otros, sin embargo, llevaban a los demás a las casas vecinas a la de la sanadora Crescentia. Por lo que su padre le contó, Crescentia estaba en el pueblo incluso antes de que él naciera.

A pesar de la fama que ella tenía de bruja entre los vecinos del pueblo, y de los consejos de su padre, Ethan pasaba mucho tiempo con ella (siempre que no tuviera que ayudar a su padre en el trabajo). Ethan no se imaginaba que edad podría tener ella, aunque estaba seguro de que pasaría de los cien años. Que el muchacho recordase, la había visto por

primera vez a los cinco o seis años, cuando fue a ver a su padre después de que lo llevaran a casa de Crescentia por haber caído enfermo de unas raras fiebres. La anciana sanadora tenía un gran cariño por Ethan, ya que este había sido su única compañía en estos últimos años. A primera vista parecía una anciana normal, vestida con una sencilla túnica grisácea, un apretado moño blanco y una agradable cara llena de arrugas. Ethan la quería como si fuera su abuela, y ella le dijo una vez que era como “el hijo que nunca tuvo”.

A cambio de la compañía que éste ofrecía, Crescentia le había enseñado a lo largo de los años algunas de las cosas que conocía: algunas especies de hierbas curativas básicas, como preparar infusiones contra dolores, entre otras. Además, Ethan era el único habitante del pueblo al que dejaba ver su piso superior, que en el que sólo estaba su habitación y, escondida detrás de una estantería, el almacén donde guardaba todo tipo de hierbas y pociones.

Aunque él sabía que la mayoría de las cosas que necesitase vendrían en el próximo barco, la había visto adentrarse varias veces en el bosque, y volver al cabo del tiempo (nunca más de una hora, según su propia estimación) cargada su cesta con hierbas y setas de todos los tamaños y colores. Estas incursiones se desarrollaban siempre de noche, esto era porque el único punto de entrada al bosque era la zona de tala, y esta se hallaba llena durante el día con los sucesivos turnos de leñadores.

Ethan nunca le preguntó que hierbas buscaba en el bosque que no le pudieran traer en el barco. Ethan se encontró recordando el hecho de la pequeña sanadora entrando en el bosque una noche, cuando una duda asalto su mente: *¿habrá visto ella también...?*

Invadido por la duda, salió de la casa de Alicia en busca de la sanadora. Cuando entro en su casa, la vio inclinada sobre un hombre aplicándole un ungüento hecho con alguna hierba y vendando después la herida.

– Ethan, ¿eres tú? – pregunto Crescentia al notar que alguien entraba en la casa.

– Si Crescentia, soy yo.

– ¿Quedan más heridos por traer? –pregunto sin darse la vuelta.

– No, ya no, el resto están en casa de Alicia y...

– Si, gracias, a esas ya les he dado lo que necesitaban para ocuparse de los heridos –le interrumpió ella, agitando una mano– ya que no quieren que entre en sus casas, que se ocupen ellas – Refunfuñó.

- Realmente he venido a preguntarte algo... - comenzó Ethan
- Mmm, lo siento cariño, ahora estoy ocupada, tengo unas heridas que atender.
- Si quieres que te ayude, recuerda que me enseñaste a tratar este tipo de heridas - aventuró él.

Sin responderle, ella termino de anudar la venda que acababa de poner. Incorporándose, se dirigió hacia una habitación contigua, dejando a Ethan plantado en el pasillo de la entrada. Considerándolo como una negativa, se dispuso a marcharse, hasta que llego a sus oídos la voz de la anciana desde la habitación de al lado.

- Ven, toma estas vendas y busca lo que necesites arriba - decía - ocúpate por favor de los heridos del cuarto contiguo ¿quieres?
- Vaya, de... de acuerdo Crescentia - dijo Ethan entrando en la habitación de donde provenía la voz. Allí se encontró a la anciana que le ofrecía unas vendas.
- Por primera vez podrás poner en práctica lo que te he enseñado - comentó ella con una sonrisa- luego cuando terminemos tendremos tiempo para hablar de lo que gustes.

Cogiendo las vendas con una sonrisa en el rostro, Ethan subió las escaleras hacia el piso de arriba. Entrando en la habitación localizo la estantería llena de libros. Con mucho cuidado, movió la estantería hasta dejar el suficiente hueco para colarse holgadamente en el almacén de materiales curativos.

Una vez dentro, recorrió con la vista la vasta y perfectamente organizada habitación. Era una habitación sin ventanas, que ocupaba toda la parte superior del edificio, excepto la pequeña extensión del dormitorio de la sanadora. Organizadas en varias estanterías que ocupaban todas las paredes y del suelo al techo había tarros de cristal tapados con grandes tapones de corcho, que contenían sustancias de todo tipo y color, y en algunos incluso podían verse insectos y lagartos de pequeño tamaño. La habitación también poseía tres filas de estanterías igualmente altísimas con todo tipo de líquidos en tarros de cristal, además de varias muestras de minerales, algunos brillantes, otros con un extraño acabado mate, y de colores de lo más variopinto. Ethan siempre se había preguntado por qué tenía semejante repertorio de líquidos y minerales. Una vez le preguntó al respecto, pero la única respuesta que obtuvo de Crescentia fue un encogimiento de hombros y un somero "hay que estar preparados ¿no crees?".

Desde la entrada, Ethan reconoció el lugar donde la sanadora depositaba las hierbas curativas de uso más frecuente, unas hierbas de varios tonos verdosos que al molerlas juntas con un poco de agua para formar una crema, ayudaban a la desinfección y cicatrización de cualquier herida, desde simples rasguños hasta un corte profundo, pasando por las heridas por mordiscos de los lobos que tenía que tratar él. Metió las vendas que le habían dado en la bandolera, y cogiendo dos ejemplares de cada, tomó uno de los morteros que había en la entrada y procedió a la preparación del ungüento. Echando las hierbas en el mortero, las fue triturando suavemente, como Crescentia le había enseñado. Cuando vio que estaban suficientemente trituradas, saco el odre de agua que siempre llevaba en su bandolera y echo un pequeño chorro en el mortero. Mientras terminaba de mezclar las hierbas trituradas con el agua, fue bajando las escaleras hacia la habitación donde se encontraban los heridos.

Acercándose a la cama que más cerca le quedaba, dejó el mortero encima de la pequeña mesa que había cerca de esta, saco una venda y el odre de agua de la bandolera. Dejó la venda también encima de la mesa y cogiendo un trapo, lo empapó con agua y procedió a limpiar las heridas. Era Beck, uno de los compañeros de Hans del primer turno. Sólo había sido herido en el brazo izquierdo, pero aunque parecía que se lo hubieran estado royendo, las heridas no eran profundas, y en absoluto peligraba su vida, aunque Beck yacía durmiendo en la cama por una de las potentes infusiones de Crescentia.

Una vez limpia la herida, Ethan procedió a aplicar el ungüento por toda la superficie de la herida. Cogiendo un poco de este cada vez, el muchacho lo fue aplicando delicadamente por las zonas heridas. Una vez que hubo terminado, y mientras mantenía el brazo levantado, Ethan desenrolló un extremo de la venda, y fue vendando poco a poco el brazo herido, haciendo un pequeño nudo al final.

– Vaya, parece que lo haces bien –comentó Crescentia desde la puerta, sobresaltando a Ethan.

– Que susto me has dado –respondió él– no sabía que me hubieras estado observando.

– Sólo quería comprobar que tal lo hacías –contestó la anciana con una sonrisa– Trae que te ayude, estos hombres no corren peligro alguno, pero será mejor que terminemos cuanto antes.

Tan sólo unos minutos después, Ambos habían terminado con el último de los heridos. Irguiéndose con cierta dificultad, Crescentia cogió a Ethan suavemente del brazo y le llevó hacia su salón, donde, soltando al muchacho, se sentó pesadamente en una mecedora que tenía cerca de la chimenea. La anciana indicó al chico que se sentara, el cual, dándose la vuelta, localizó otra mecedora que la mujer tenía para los invitados.

Acercándola sin esfuerzo, se sentó en el cómodo asiento y aguardó pacientemente que Crescentia hablara.

– Vaya, hacía tiempo que no tenía tanto trabajo –dijo ella con un suspiro de satisfacción– y gracias por tu ayuda, lo has hecho muy bien.

– No ha sido nada, tan sólo he tenido que aplicar lo que me enseñaste –dijo él, sintiendo como se enrojecían ligeramente sus mejillas.

– ¡Oh! en absoluto chico, me alegra ver que aprendes rápido –dijo tras reír entre dientes.

– ¿Cuánto tiempo tendrán que estar vendados? –preguntó él unos instantes después, distraídamente.

– No habrá de que preocuparse, esos hombres podrán volver mañana al trabajo –aseguro ella– aunque tendrán que cambiarse los vendajes para que termine de cicatrizarles. ¡Ah! –Recordó súbitamente– ¿no tenías algo que preguntarme, hijo?

– Sí, Crescentia, así es –asintió Ethan, parecía que dudara– aunque no se por dónde empezar...

– ¿Por el principio? –sugirió, sonriendo, ella, haciendo que otra sonrisa apareciera en el rostro de Ethan

– Sí, tienes razón, veras...

Ethan le contó a la sanadora, cuya sorpresa fue poco a poco en aumento, como se había introducido por un súbito impulso en el bosque, perdiéndose en él, y como más tarde había notado el viento frío, que le había guiado hasta el portal desde el que se veía aquel hermoso paisaje. También le contó como al intentar atravesar el portal, el viento le había dicho que no era su momento, y cómo, de repente se había despertado esa mañana pensando que todo había sido un sueño, pero siendo extrañamente consciente de que lo había vivido. Instintivamente, y aunque no sabía porque, Ethan omitió su enfrentamiento con el lobo. Cuando terminó, Crescentia estaba mirando fijamente la chimenea apagada, como meditando lo que le había contado el muchacho.

– Interesante –dijo en un susurro– Así que tú también lo has visto...

– ¿Cómo? ¿Qué tú también sabías que existía ese portal? –dijo sorprendido Ethan.

– ¡Pues claro que sí, hijo! –Exclamó– conozco esos bosques mejor de lo

que muchas veces me gustaría.

– ¿Y qué era aquello de que no es mi momento? –preguntó Ethan, confundido.

– La verdad, no lo sé, yo nunca he podido entrar –dijo Crescentia con un suspiro de pena– Siempre que lo he intentado me topaba con que el portal desaparecía

– ¿Sabes que puede ser la pradera que se ve a través del portal?

– No lo sé, hijo, aunque tengo mis sospechas acerca de donde lleva... –su voz se fue apagando lentamente.

– ¿No creerás que tiene algo que ver con la leyenda del templo?

– Oye chico, ¿nunca te han dicho que preguntas demasiado? –pregunto ella, haciendo que Ethan se ruborizase de nuevo, lo que provocó que una sonrisa emergiese a los ancianos labios de ella.

– Lo... lo siento –dijo sin dejar de ruborizarse.

– No pasa nada, tonto –dijo, quitándole importancia– pero tienes la misma curiosidad que yo cuando era joven. –acto seguido, Crescentia se levantó– ¿te apetece un té y unas galletas mientras te cuento? –al oír a la anciana mencionar comida, el estomago de Ethan comenzó a protestar sonoramente– Sí, parece que sí te apetece, tienes que recuperar fuerzas –dijo ella riendo mientras se alejaba hacia la cocina.

Levantándose de su mecedora, Ethan se dirigió a la ventana, que daba, como la de Alicia, hacia la zona de tala. A pesar de que el sol brillaba en lo alto del cielo, el bosque se encontraba oscuro, quizás por lo tupido de sus copas, que se entrelazaban formando un espeso tejado, por el que apenas pasaba luz como para adivinar las formas dentro del bosque, más que verlas. Distraídamente, Ethan miraba al bosque mientras se preguntaba donde podría conducir ese portal. De repente, vio dos pequeños ojos brillando entre los árboles, pero fue tan fugaz que se cuestiono si no lo habría imaginado. *Entre el lobo de anoche, y el ataque de esta mañana...* Empezó a pensar, pero sacudió la cabeza, alejando esos pensamientos. *Imaginas cosas chico, deja de preocuparte por el momento.*

– Crescentia –llamó él– ¿Has oído algo acerca del ataque?

– Huy, muchas cosas he oído hijo, pero pocas contenían un mínimo de sensatez –contesto ella entre el ruido de cacharros desde la cocina.

– Me refiero, en cuanto al número de lobos... o algo –dijo al tiempo que se

daba la vuelta, apoyando los codos en la ventana.

– Oh, eso. No sé, hijo, unos decían que vieron tan sólo seis lobos, otros que más de una docena, es difícil saber el número exacto hasta que se despierten nuestros durmientes –dijo Crescentia al tiempo que salía de la cocina con dos tazas de té humeantes– un segundo, voy a por las galletas –dijo, guiñando un ojo a Ethan, lo que provocó que sonriese.

De nuevo le invadió la sensación a Ethan de que estaba siendo observado, al igual que le paso en el bosque. Dándose de nuevo la vuelta para observar el bosque, pudo ver que no era sólo uno, sino que varios pares de ojos le observaban desde la seguridad del bosque. Ethan notaba como esos ojos le atravesaban, aunque no veía que se movieran. Fugazmente, un pensamiento acudió a su mente, como si alguien lo estuviese poniendo ahí, *Hacha de Sangre*. Sacudiendo la cabeza, Ethan se aparto de la ventana, justo cuando Crescentia salía de nuevo de la cocina con un plato a rebosar de galletas saladas.

Sus tripas comenzaron a gruñir de nuevo con la visión de aquellas galletas saladas que tanto le gustaban. Su mente deshechó rápidamente la visión de los ojos y se acercó mirando con deseo el plato que la anciana traía entre las manos. Pero en vez de ofrecerle el plato, Crescentia le miró las manos levantadas y aparto el platito de él.

– ¡Oye! ¡Qué son esas manos tan llenas de sangre! –le espetó– ves a lavarte a la cocina y después te daré todas las que quieras.

– Eres mala conmigo –le dijo este, intentando poner una cara inocente que pareciera convincente.

– No me pongas esa cara, sabes que no te funciona –le dijo con una tierna sonrisa– ¿Eric nunca te enseñó que hay que lavarse las manos antes de comer?

Después de lavarse las manos rápidamente, Ethan volvió a la mesa y engulló rápidamente varias galletas. Crescentia rió, divertida, al ver como Ethan comía a dos carrillos. Su sonrisa duró poco, porque momentos después comenzó a sonar la campana del pueblo, que anunciaba problemas. Con la boca y las manos llenas de galletas, que rápidamente volvió a dejar en el plato, Ethan se asomó a la ventana, a tiempo de ver a varios hombres del pueblo cerrando a toda prisa la puerta principal, y a varios lobos saliendo del bosque en dirección hacia la puerta. A su vez, otros hombres, que Ethan reconoció como trabajadores de los siguientes turno, llegaban a la puerta armados de sus hachas de tala, en guardia por si no se conseguía cerrar la puerta a tiempo de impedir la entrada de los lobos al pueblo.

Todavía masticando con dificultad, Ethan cogió su pequeña hacha de mano, y corrió hacia la puerta de la casa, dejando a Crescentia sentada y las tazas de té sin tocar.

– Espero que no haya más heridos por hoy –comentó ella con preocupación.

Él apenas escuchó estas palabras, porque ya había salido de la casa, y se dirigía a la carrera hacia la puerta del pueblo, donde la gente se empezaba a poner más nerviosa, porque parecía que no podrían cerrar la puerta a tiempo dado que los lobos se acercaban rápidamente, mientras que los leñadores no podían hacer nada por intentar cerrar la puerta más rápido.

Ethan, que también venía a la carrera hacha en mano, pudo ver como un lobo estaba a punto de entrar por el resquicio que quedaba por cerrar. Dando un salto, el muchacho se precipitó hacia el lobo que, viéndole venir, dio un salto hacia atrás justo en el momento en que Ethan caía, clavando el hacha en la blanda tierra, donde el lobo había estado un momento antes.

–Pero muchacho ¿Estás loco? –gritó alguien de detrás de la pesada puerta, ahora cerrada completamente– ¡Tan sólo conseguirás que te maten!

Aun así, Ethan se encaró al lobo con su hacha firmemente agarrada en su mano, que estaba preparado para el ataque y le miraba sacando los dientes y gruñendo. Al otro lado de la puerta, Eric llegó corriendo, hacha en mano, pero se lanzó a abrir la puerta en cuanto le dijeron que su hijo la había cruzado para impedir que un lobo entrase.

– No podemos hacer eso, ¡compréndelo! –Le decían mientras le sujetaban– no podemos arriesgarnos a que esas bestias entren en el pueblo.

– ¡Me da igual que los lobos entren! –gritaba él, furioso, tratando de soltarse– ¡Somos muchos, podremos con ellos!

– ¡Pero habrá muchos heridos! ¡Esta vez puede que incluso maten a alguien!

– ¡Y si no me dejáis ayudar a mi hijo, será él quien muera! –tras decir esto, varios murmuraron, asintiendo, y le soltaron.

Precipitándose hacia la puerta, empujó con todas sus fuerzas, pero apenas consiguió desplazarla. Tras mirarse fugazmente, varios leñadores ayudaron a empujar la pesada puerta de piedra para abrirla. Tras unos momentos de tensión, el padre de Ethan y los otros leñadores, consiguieron mover de nuevo la puerta, pero cuando vieron lo que ocurría

dentro de la zona de tala, todo el mundo se quedó con la boca abierta. La mayor parte de la gente esperaba encontrar a Ethan echado en el suelo, inerte, con algún lobo enganchado a su cuerpo, ensañándose. Otros, los más optimistas, esperaban encontrarle en una furiosa lucha a hachazos con los lobos.

Pero la realidad era muy distinta de lo que la gente imaginaba.

En el centro de la zona de tala, que a esas horas todavía era una zona a medio talar con algunos árboles con varias muescas de hachas y unos pocos ya caídos, pero no retirados aun, se encontraba Ethan. Pero no tendido, sino de pie, mirando fijamente a uno de los lobos, sujetando el hacha con ambas manos. Los lobos no se encontraban en postura de ataque, sino rodeando a Ethan, con los ojos cerrados y la cabeza agachada, en señal de respeto.

Los murmullos de asombro que se comenzaron a extender entre la gente que se apiñaba en torno a la gran puerta del pueblo llegaron hasta Ethan, que miro hacia atrás con una expresión que denotaba asombro y cautela a partes iguales. A su vez, el lobo que se hallaba en frente de Ethan se inclino hacia un lado, dejándose ver. El lobo murmuro algo, y con un leve movimiento de cabeza hizo que la gran puerta de piedra se deslizara rápidamente, como hechizada, y se cerrara. Aunque asustados, algunos leñadores fueron a intentar abrir de nuevo la puerta, y se encontraron con que no había puerta alguna, el gran muro era continuo y liso, como si nunca hubiera existido la entrada. Ante esta demostración de magia, el miedo se extendió como la peste entre los aldeanos.

– ¡Maldición! ¡Tenemos que rescatarle! –Exclamó Eric– ¡Que alguien me ayude a derribar el muro! ¡Howard! ¡Necesitamos de tus martillos!

– Eric, no podemos... –dijo alguien.

– Corre Eric, ven conmigo y cogeremos los martillos que hagan falta. Salvaremos a tu hijo –le interrumpió Howard, el herrero del pueblo, un hombre de gran talla, calvo y con un gran mostacho– ¡venga muchachos, alguien más que venga con nosotros a echar una mano!

– Gracias amigo. ¡Rápido! ¡Antes de que le pase algo a Ethan! –dijo Eric, y acto seguido, él, Howard y varios leñadores más corrieron hacia la vivienda del herrero.

Desde la zona de tala, Ethan apenas oía un murmullo de lo que ocurría murallas adentro desde donde se encontraba. Se encontraba en medio de la zona de tala, rodeado de lobos que agachaban la cabeza en reverencia y el lobo que acababa de cerrar tan espectacularmente la puerta delante de él, mirándole con respeto, a la vez que con cierta picardía. A pesar de que parecía uno más de la manada de lobos que le rodeaban, este era

más grande que los demás. Mientras le observaba, sus ojos recayeron en su lomo, y la sangre escapó del rostro de Ethan. Ahí donde estaban puestos los ojos del muchacho, el pelaje del animal había desaparecido, y en su lugar había numerosas cicatrices, como si casi hubieran partido por la mitad al lobo en otra ocasión.

Intuyendo hacia donde miraba Ethan, el lobo giro la cabeza para mirar hacia atrás, y torció la boca en lo que el chico pensó que podría ser una sonrisa. *Vaya, parece que te acuerdas de mí.* Estas palabras se formaron en su mente, y aunque no las había pronunciado directamente, Ethan supo que provenían del animal. Fue a responder, pero al notar el lobo que abría la boca, nuevos pensamientos acudieron a su mente, *no te preocupes por eso, mientras permanezcamos en este bosque, no podremos sufrir daño permanente alguno.* Ethan empezaba a no comprender lo que le quería decir pero no tuvo tiempo alguno de pensar en ello, porque vio como los demás lobos levantaban la cabeza y miraban el hacha que llevaba en la mano, al tiempo que otro pensamiento, que provenía de esos lobos, acudió a su mente. *Hacha de Sangre.* Bajando la mirada, pudo ver que su hacha de mano estaba casi totalmente impregnada, mango incluido, de sangre seca del lobo al que mató la noche anterior, que por alguna extraña razón era el que tenía delante en ese preciso momento.

Para Ethan nada encajaba, su extraño viaje por el bosque, un ataque de lobos, lobos que hablan, y ese extraño nombre que le habían puesto, "Hacha de Sangre". Mientras Ethan seguía ahí plantado, pensando, comenzó a oírse como los aldeanos golpeaban el muro. *Qué lugar tan ruidoso.* Le dijo el lobo. *Acompáñanos, ha llegado tu momento, Hacha de sangre.* Súbitamente, Ethan recordó lo que el viento ardiente le había dicho. Sin pensarlo, el muchacho acompañó a los lobos hacia el interior del bosque. Justo en ese momento el muro del pueblo comenzó a resquebrajarse por el lugar donde una vez había estado la puerta.

Al cabo del rato de estar caminando silenciosamente por el interior del bosque, Ethan noto como nuevas palabras se formaron en su mente, provenientes del lobo que había hablado primero mientras estaban en la zona de tala. *A propósito, siento mi comportamiento de ayer, a veces el instinto es más fuerte que nuestra misión...*

– ¿Vuestra misión? – le interrumpió Ethan, extrañado.

*...Pero a pesar de mi comportamiento, era necesario que pasara aquello*, continuó diciéndole el lobo. *Ah, una cosa más, no soy un lobo cualquiera, llámame Ea, soy el Guardián escogido por el Primer Ente de Fuego.* Estas fueron sus últimas palabras durante el recorrido por el bosque, ya que a pesar de que Ethan le empezó a preguntar muchas cosas, Ea continuaba en un obstinado silencio. Dándose por vencido, el muchacho siguió caminando junto a su escolta de lobos durante lo que estimo que

era una hora hasta que repentinamente noto la brisa fría que lo había guiado la noche anterior hacia el portal.

*Sigue caminando, ya queda poco,* dijo Ea. La comitiva siguió el camino que el viento marcaba, como hiciera Ethan la noche anterior. Este no tardo mucho en fortalecerse, haciendo que un escalofrió recorriera el cuerpo del chico. Después de un rato caminando, Ethan se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo, ya que después de aquella hora caminando antes de encontrar aquella brisa fría, tan sólo se había concentrado en seguir el camino que esta marcaba.

Un tenue resplandor a lo lejos indicó al chico que ya estaban muy cerca. Además, en esta ocasión, la intensidad del viento comenzaba a ser difícilmente soportable, así que se aparto del camino, pero siguió caminando, aliviado, junto al resto de los lobos.

A medida que ese resplandor cobraba intensidad, Ethan podía ya distinguir las dos columnas, que en esta ocasión ya resplandecían con los extraños símbolos que vio la última vez. A una cierta distancia del portal, el muchacho notó que todos los lobos, excepto Ea, se habían parado. Extrañado, Ethan se puso a la altura del gran lobo, y recorrieron los pocos metros que les separaban del portal.

*Adelante,* le dijo Ea, *tu momento ha llegado, entra en el portal.* A pesar de todas las preguntas que hervían en la mente de Ethan, el lobo no le dejo hacer ninguna. *Todas las respuestas que buscas están ahí dentro. Adelante, entra.* Y ahí estaba, el portal, con la pradera que bien recordaba, iluminada por un resplandeciente sol, como si nunca se hiciera de noche en ese lugar. Después de unos momentos de duda, alargó el brazo de nuevo hacia el portal, y como la otra vez, este atravesó limpiamente el límite que marcaban las columnas. Al momento, sintió de nuevo el viento cálido acariciarle la mano, y luego la cara, aunque esta vez era mucho menos intenso. De nuevo escuchó como el viento traía su nombre, llamándole suavemente.

– Adelante... Ethan... –le decía– adéntrate, ha llegado tu momento, te estábamos esperando...

Y así lo hizo, después de otro momento de duda, Ethan avanzó y traspasó el portal. Y al igual que la otra vez, todo se volvió blanco. Pero en cambio, en esta ocasión, cuando se desvaneció el blanco que rodeaba a Ethan, se hallo de repente en la pradera que estaba representada dentro del portal. Mirando hacia atrás, pudo ver el portal, contenido entre dos columnas llenas de extraños símbolos que relucían. Dentro del portal se podía ver el bosque, y a Ea mirándole, lleno de confianza. Unas últimas palabras antes de que el lobo se diera la vuelta llegaron a la mente de Ethan: *Buena suerte, Hacha de Sangre, hasta más ver.* Dicho esto, Ea dio la vuelta y

salió corriendo hacia el interior del bosque.

Confundido, no sólo por estas últimas palabras del lobo, sino por todo lo que ese día había acontecido, Ethan se enfrentó de nuevo a la vasta extensión de la pradera, y pudo apreciar en la distancia unas extrañas figuras de gran tamaño, reunidas alrededor de lo que parecía ser un bloque de piedra. Intuyendo que esa era la dirección a tomar, Ethan comenzó a caminar con determinación hacia la extraña reunión.

## Capítulo 2

### II - El Templo

*"you contact beings in the other side... and use their enormous power"*

Para cuando por fin Eric y los demás aldeanos consiguieron derruir una parte suficientemente grande del muro como para ir pasando a la zona de tala, hacia rato que Ethan había desaparecido en el interior del bosque con Ea y el resto de lobos.

El miedo recorría cada rincón del cuerpo de Eric. No había sangre o indicio alguno de batalla. No había tampoco rastro de su hijo, o siquiera de los lobos. Temporalmente paralizado por el terror, no pudo más que observar con nerviosos ojos la zona de tala. Tan solo cuatro árboles habían sido talados, mientras que una docena más tenían marcas de hachas. Había, además, pequeñas manchas de sangre seca, resultado del ataque de los lobos de primera hora. Pero no había nada más, nada que evidenciara que le podía haber pasado a su hijo.

- No hay rastro de él, Eric -Era Howard, que había sido el segundo en atravesar la brecha que habían hecho en el muro.
- Razón tienes, y por eso mismo no podemos perder el tiempo -Detrás de Howard habían ido entrando mas aldeanos, que se iban reuniendo a espaldas de Eric, que seguía mirando ensimismado la zona de tala.
- Si... si... -Eric empezaba a salir de su trance- Quizás no haya rastro de él, pero eso no quiere decir que este muerto -dijo, esperanzado- Seguro que se adentró en el bosque para huir de los lobos.
- ¡Tenemos que organizar un grupo de rescate!
- ¡Esos lobos no atraparan a Ethan! ¡Tenemos que ayudarle!
- ¡Rápido! ¡Traednos....! -un profundo aullido interrumpió a Howard.
- ¿Qué ha sido eso? -la pregunta venía de alguien que estaba cruzando la brecha.
- ¿Lobos? -Antes incluso de acabar esta pregunta, varios aullidos que contestaban al primero se escucharon en la espesura del bosque. Estos aullidos sacaron a Eric del trance por completo.
- ¡Vamos! ¡Rápido! Todos tenéis que ayudarme, tenemos nuestras hachas, conseguid unas cuerdas para no perdernos por el bosque e iremos en su busca -El valor comenzaba a abrirse paso entre los demás

sentimientos de Eric: miedo, inseguridad...

Varios aldeanos fueron en busca de cuerdas, mientras Eric y Howard organizaban las partidas de búsqueda entre los que se habían quedado, dividiendo a éstos en varios grupos.

Una vez llegaron los demás, Howard y varios voluntarios comenzaron a anudar las cuerdas entre sí, para tener una cuerda larga que abarcara suficiente distancia como para poder adentrarse muy dentro del bosque sin llegar a perderse.

Afortunadamente todos los aldeanos que habían acudido esa mañana tenían su hacha preparada. Además, a los que no trabajaban de leñadores se les había entregado uno de los martillos que habían usado para derrumbar el muro, así nadie estaría desarmado ante un posible ataque de los lobos.

El primer grupo, compuesto por Eric y otros siete aldeanos, fueron hacia el límite de la zona de tala. En este punto, pudieron ver como los lobos habían mordido las cuerdas hasta romperlas para poder entrar. A pesar de los murmullos de desconfianza que esta visión creó entre el grupo, Eric estaba decidido a encontrar a su hijo, vivo o muerto.

Aferrando con fuerza un extremo de la cuerda, Eric se adentró junto con el resto de su grupo en el bosque, dejando en la zona de tala a Howard junto con el resto de los grupos de búsqueda.

Cuál fue su sorpresa cuando, unos quinientos metros desde el límite que marcaban las cuerdas, Eric se encontró una marca en forma de cruz, posiblemente hecha con un hacha.

– ¡Mirad! –Anunció, esperanzado, Eric– Seguro que esta marca la ha hecho mi hijo, ¡sabía que iríamos a buscarle!

Continuaron andando, rápida pero cautelosamente, buscando huellas que les dijeran hacia donde podía haber ido Ethan huyendo de los lobos. Unos pocos cientos de metros más adelante, encontraron una nueva marca en un árbol. A pesar de que nadie en el grupo sabía que esas marcas habían sido hechas la noche anterior, las siguieron, convencidos de que ése era el camino que Ethan había tomado.

Aunque tanto Eric como el resto iban fijándose en sus alrededores, atentos a la menor señal de lobos, no podían ver como de entre la oscuridad del bosque un grupo de ojos estaba atento a todos sus movimientos. Estos ojos pertenecían a los lobos de la manada de Ea, los mismos que habían acompañado a Ethan al portal, y que ahora estaban encargados de vigilar al padre del chico y a los demás. Ea les había ordenado esto, ya que tenía la misión de proteger tanto el bosque como el

portal.

Ea también estaba entre los lobos que acechaba a los aldeanos, encontrándose a unos cuantos metros al Norte de éstos, y sin perderlos de vista. *Ahora que el chico esta con los Entes Primeros, nada debe perturbar esa reunión,* recordaba Ea. *Aun a pesar de las consecuencias, ya que cualquiera que se acerque demasiado al portal, deberá ser eliminado.* Estas eran las órdenes que el gran lobo tenía, y Ea no pensaba incumplirlas.

– Muchachos, ¿no notáis nada? –Preguntó alguien nervioso, al tiempo que manoseaba su martillo.

– Coleman, tranquilo –le intento tranquilizar Eric– sólo estamos nosotros.

– No sé, Eric, me siento observado.

– Tranquilo –repitió– mientras estemos juntos, ninguna jauría de lobos podrá con nosotros.

A pesar de que esta afirmación tranquilizó tanto a Coleman como a los demás aldeanos, Eric mismo no estaba tan seguro de lo que había dicho. También se sentía observado, pero su determinación le obligaba a seguir adelante, y ningún lobo podría detenerlo.

El padre de Ethan y el resto del grupo siguieron andando durante un buen rato, pero no encontraron marca alguna en los árboles desde que perdieron el rastro en la cuarta. Y, aunque seguían andando en la dirección en la que parecía que hubiera podido estar la siguiente señal, todavía no había rastro alguno.

De repente, el cabello de Eric fue agitado por una brisa. Esta brisa hizo detenerse en seco al hombre, ya que resultó una corriente de aire mucho más fría de lo que correspondía en esta época del año. *Pero, demonios, ni siquiera en invierno tenemos un viento tan frío,* pensó él.

– Maldición, que frío hace de repente –susurro otro aldeano.

– Sí, Gary, yo también lo he notado –le respondió Coleman.

– No es normal tanto frío, ni siquiera en invierno –dijo alguien, como leyendo los pensamientos de Eric.

– Seguidme, parece que el frío sigue un sendero, tengo un presentimiento –dijo Eric, mirando hacia el suelo, donde la brisa que le había azotado removía la hojarasca que aun quedaba, marcando un sinuoso sendero

entre los troncos de los árboles.

Sin embargo, al poco tiempo de seguir por aquel sendero frío, un aullido hizo que todos titubeasen en su andar. Venía de cerca, de demasiado cerca como para tratarse de un aullido casual. En efecto, al colocarse Eric y su grupo en círculo con hachas y martillos preparados, pudieron ver un pequeño grupo de ojos que venían desde el Sur, fijos en ellos. Además, Coleman pudo ver varios pares de ojos aproximándose desde el Este. Así como Gary, que se había colocado mirando hacia el Oeste, vio a su vez a más lobos que se aproximaban.

– ¡Tenemos lobos desde todos los lados! – Dijo Gary – ¡Nos han tendido una emboscada!

– Eso parece, Gary –Era Eric, que al haber quedado mirando al Norte, pudo ver a tres lobos. Estos tres lobos estaban más cerca porque el grupo había estado acercándose a ellos sin saberlo.

Cuando todos los lobos se habían juntado, formaban un círculo cerrado que rodeaba al grupo de rescate. En frente de Ethan se hallaba Ea, que había crecido visiblemente en el tiempo que hacía que había ordenado a Ethan que lo siguiera al interior del bosque. Tal era su tamaño, que apenas tenía que levantar los ojos para poder mirar a los del padre del muchacho, que tenía en frente.

*No pasareis de este punto.* Todos los aldeanos oyeron esto, a pesar de que parecía que nadie hubiese abierto la boca. Eric, que miraba a los ojos de Ea, se dio cuenta de que los ojos que miraba no eran los de un animal salvaje, sino que poseían una inteligencia similar a la humana. *Todo aquel que intente llegar al portal será eliminado, solo los elegidos podrán ver a los Entes Primeros.* Ante esta afirmación, varios de los aldeanos agarraron con mayor determinación sus hachas, decididos ya no tan solo a encontrar a Ethan, sino a defender sus vidas.

– ¡Alto! ¡Deteneos! –una voz quebrada salió del bosque– ¡No les hagáis daño!

Era Crescentia, que por arte de magia venía levitando a gran velocidad. Poco después apareció Howard detrás de ella, jadeando por el esfuerzo de haberla seguido corriendo durante todo el trayecto

– Lo siento Eric –se excusó Howard– No he podido detenerla, ha empezado a... a levitar y se ha adentrado corriendo en el bosque –De repente se dio cuenta de que Eric y los demás estaban rodeados por un gran número de lobos, y se quedó paralizado por el miedo.

- ¡No les hagáis daño! –Repetía Crescentia– ¡Ellos no saben nada!

- ¡Cállate, bruja! –Dijo Eric, lleno de furia– Sabía que no eras más que una bruja de malas artes, no sé cómo deje a mi hijo que se encariñase contigo.

- No te estoy hablando a ti, Eric –dijo Crescentia tras una desdeñosa mirada al leñador– Ea, no podéis matarlos, ellos no saben nada.

- ¿Ea? Pero, ¿a quién le estás hablando, vieja bruja?

De nuevo la voz del enorme lobo retumbó en las mentes de los presentes: *Deben ser eliminados, nadie se acercará al portal, el elegido ya está dentro.* En esta ocasión, Eric supo perfectamente, y para su sorpresa, que la voz venía del gran lobo. *Pero ellos no saben nada, no puedes eliminar a inocentes.* Esta vez era Crescentia, comunicándose mentalmente con Ea.

Los aldeanos estaban totalmente desconcertados. La conversación telepática llegaba a todas las mentes. *Eso no importa, tengo órdenes.* Ea parecía determinado, y la ira iba llenando sus palabras. *Aun así, tus órdenes solo implican a los no-elegidos que busquen conscientemente el portal.* Crescentia, desde las alturas, replicaba al lobo como si fuera tan solo un cachorro. Mientras Ea y Crescentia cruzaban pensamientos, el cerco de lobos parecía irse estrechando. *Silencio, anciana. Tu papel como protectora de este bosque terminó hace mucho.* Las palabras que llegaron provenientes de Ea asustaron de sobremanera a la vieja sanadora, que comenzó a recular en el aire. *El elegido está dentro, repetía Ea, ahora tu papel ha terminado, yo soy ahora el verdadero Guardián del bosque.*

Para desconcierto y terror de los aldeanos, el gran lobo que estaba delante de Eric mirando con llamas en los ojos a la vieja sanadora saltó por encima de ellos. Un salto de varios metros de alto que le hizo llegar hasta donde se encontraba Crescentia, a la cual atrapo por la cintura entre sus enormes mandíbulas, provocando un alarido de terror en la anciana.

Como si esto hubiera sido una señal, los lobos comenzaron a atacar a los aldeanos, los cuales intentaron defenderse de los ataques de los lobos, rechazando a estos a golpe de hacha y martillo.

- □ -

Dentro del bosque, Ethan seguía caminando hacia las enormes figuras que veía en el centro del claro. Más grandes a medida que se acercaba, Ethan pudo vislumbrar que había cuatro figuras que parecían representar a los diferentes tipos de Entes. Uno de cada elemento: Fuego, viento, tierra y agua. En el centro del claro, y a donde todos los Entes miraban, había una

pequeña pirámide.

Al fijarse más detenidamente en las estatuas, descubrió que éstas estaban hechas de un metal, posiblemente hierro, pero con ciertas diferencias. La que representaba un Ente de fuego estaba suavemente incandescente, palpitando con un color rojo vivo como si fuera un corazón, como si la estatua estuviera siendo sometida a un calor constante. La estatua que representaba a un Ente de agua tenía el aspecto negruzco, como corroído por el óxido, similar al que tendría de haber pasado largo tiempo sumergida. Por otro lado, otra estatua que representaba un tornado, forma que era muy usada por los Entes de viento más grandes, no presentaba alteración alguna en el metal, pero varios arcos de electricidad recorrían la figura, chisporroteando con suavidad. Por último, la figura restante, que representaba un Ente de tierra, estaba hecha del metal puro, con la forma de una recia armadura.

En el centro del claro, entre las cuatro estatuas, había un pequeño bloque de piedra en forma de pirámide, aunque hubiera sido imposible precisar qué tipo de roca era. A cada lado de esta pirámide había tallado muy fielmente el símbolo de cada elemento, aunque desde su posición Ethan tan solo podía ver el de fuego y el de tierra.

Cuando Ethan estuvo a tan solo unos metros de las estatuas, el muchacho sintió como un pequeño temblor sacudía la tierra, y como el símbolo de fuego se encendía suavemente como brillando con un fuego interior

– Bienvenido, Ethan –De todas partes y de ninguna, Ethan escucho una voz que le pareció el tranquilo crepitar de una hoguera.

– Sentimos haberte hecho esperar –Ésta vez la voz parecía el sonido de un arroyo. Un suave movimiento atrajo la mirada de Ethan: detrás de la pirámide, en una zona que apenas alcanzaba a ver, había surgido un pequeño reguero de agua cristalina.

– Compréndenos, tan solo queríamos asegurarnos de que conocías a Ea.

– Pero, ¿por qué atacaron esta mañana Ea y los suyos a los aldeanos? –A Ethan le temblaba ligeramente la voz, aunque él mismo no sabía decir si era de rabia o de miedo.

– Para atraerte –Una voz que era como el susurrar de la arena de una duna le habló. Con la mirada fija en el símbolo de tierra, Ethan observó como éste cambiaba hasta volverse translúcido, como si de una gema tallada se tratase– teníamos que atraerte hacia aquí.

– Pero tranquilo, humano –Ésta última voz tenía un extraño matiz, como dura, con resentimiento, una voz traída por el viento– Todo volverá a su

cauce muy pronto.

Ethan estaba parado delante de las estatuas, sin saber que decir, paralizado por lo que estaba contemplando.

– Entendemos tu confusión –le dijo la voz-hoguera– No muy a menudo un humano es llamado a nuestra presencia.

– ¿Vuestra...vuestra presencia? –Murmuró Ethan– ¿Pero quienes...?

– ¡Pero que descortesés somos! –se rió la voz-arroyo. Ethan tuvo la impresión de que la que hablaba era una joven que, si hubiera estado presente, se estaría sonrojando visiblemente– Te hemos llamado aquí, pero ni siquiera sabes quienes somos.

– Tienes razón –era la voz-arena– aunque me sorprende que Ea no te haya contado más. Hacha de Sangre, nosotros somos los Entes Primeros.

– ¿Sois...? –Ethan seguía aun paralizado, sin saber exactamente qué decir o hacer– ¿Los Entes Primeros? ¿Sois Entes?

– En realidad, lo que queda de ellos.

– Sí –la voz-arroyo transmitía tristeza – Desaparecimos hace tiempo, pero nuestras esencias han quedado como testimonio de nuestra obra...

–...dado que los Entes que tú conoces...

–...viven en paz con vosotros, humanos,...

–...gracias a nuestro sacrificio.

Ethan estaba cada vez más confundido. Lo poco que sabía de los Entes era las historias que su padre y la vieja sanadora le habían contado. Los Entes eran unos extraños seres, que han estado presentes en la historia de la humanidad desde tiempos antiguos. Constituidos cada tipo de un elemento distinto: fuego, tierra, agua, y aire; y vivían la mayoría esclavizados por los humanos. Por su parte, Crescentia le contó, muy contenta cuando Ethan le preguntó acerca del tema, muchas cosas de los Entes. Los Entes poseían un Núcleo, que era como el corazón de un humano, y si sufría daño por cualquier motivo, el Ente moriría. También le contó los distintos tipos de Entes que había, además de que, a pesar de no ser de carne y hueso, cada Ente tenía una personalidad diferente, al igual que los humanos.

También, Crescentia le contó a Ethan como había sido descubierto el primer de Ente. Un aprendiz de mago estaba recogiendo en un bosque cercano a la casa de su mentor unos hongos que se encuentran

normalmente en rocas, pero cuando éste se subió a una roca que tenía una cantidad particularmente grande de hongos, la roca se levantó dándole un susto de muerte al aprendiz, que fue corriendo a buscar a su mentor. Desde entonces, millares de magos han dedicado su tiempo al estudio y a la domesticación de los distintos tipos de Entes.

A pesar de todo lo que su padre y Crescentia le habían contado, nunca en su vida había visto Ente alguno, ni siquiera en los barcos mercantes o militares que habían atracado ocasionalmente en el puerto.

– Pero antes de nada, deja que nos presentemos –dijo la voz-arena, sacando a Ethan de sus pensamientos –yo soy el Ente Primero de tierra: Montaña

– Yo soy el Ente Primero de agua: Marea –era la voz-arroyo, con un toque de orgullo en la voz.

– Y yo el Ente Primero de fuego: Llama –la voz-hoguera había tomado cierta fuerza.

– Yo... soy el Ente Primero de viento: Hálito – la voz que el viento traía estaba llena de soberbia, y mientras hablo sonó el retumbar de un largo trueno en la distancia

– Desde luego, no son nuestros verdaderos nombres –Dijo Llama después de dejar que el trueno de Hálito se desvaneciera– pero es la traducción más aproximada a tu lengua.

– Quizás –Dijo Marea, relevando a Llama– te preguntes porqué estas aquí, porqué te hemos llamado.

– Sabemos que tienes muchas preguntas que hacernos –continuó Montaña, justo cuando Ethan abría la boca para decir algo.

– Pero antes de nada, déjanos revelarte el porqué de tu presencia aquí.

– Hace milenios, antes incluso de que tu raza apareciese sobre el continente, nosotros los Entes ya lo poblábamos. Sin embargo, nos odiábamos unos a otros, hasta tal punto, que dos Entes de diferentes tipos no podían verse sin que el encuentro desembocase en una pelea. Las cosas llegaron hasta tal punto, que las pocas ciudades que logramos levantar, se hallaban habitadas por Entes de un solo tipo –Comenzó Llama.

– Nosotros, los Entes de agua, poblábamos ambos polos, además de los mares. Los Entes de fuego habitaban tanto ambos desiertos como los volcanes... veamos, como se llaman ahora... –Continuó Marea,

dubitativamente.

– De las islas de Kinshima y Shen –puntualizó Hálito– En cambio, los Entes de aire poblábamos los estratos superiores de la atmósfera, a suficiente altura como para no ser vistos por los Entes que habitaban tierra firme.

– Por último, los Entes de tierra éramos lo más próximo a los humanos dado que fuimos los que primeros que nos establecimos en ciudades, principalmente en regiones como la isla de Lian o la Isla Errante, aunque poblábamos ampliamente el continente, y hoy en día, aún quedan muchos de los míos en lo que ahora llamáis el Bosque de los Golems –terminó Montaña.

Ethan estaba como paralizado, escuchando a los Entes mientras hablaban, asombrado y meditando acerca de lo que decían, aunque muchos de los lugares que estaban nombrando no tenían significado alguno para él, ya que Crescentia apenas le había hablado del continente, y él mismo jamás había salido de la isla. Aunque los barcos mercantes que atracaban la ciudad traían las noticias desde el continente, Ethan nunca se había preguntado cuán lejos estarían de él, o siquiera cómo sería. Ahora, mientras los Entes Primeros le hablaban, empezó a pensar lo grande que debería ser, ya que nunca había oído los extraños nombres de islas y bosques que decían.

Después de que Montaña terminase de hablar, el silencio que lo sucedió solo era roto a oídos de Ethan por sus propios latidos, que se le agolpaban en los oídos y las sienes. Se comenzó a preguntar si estaría de nuevo en un mal sueño cuando de repente Hálito continuo hablando.

– Todo esto nos conduce al motivo por el cual nos reunimos –decía– Viendo lo insostenible que la situación era después de que muchos de nosotros perdieran a familiares y amigos en las fútiles batallas que se daban entre nosotros, tanto yo como los demás Entes Principales nos reunimos en secreto.

– Por aquel entonces, no gozábamos del título de Primeros en absoluto, tan solo habíamos conseguido superar, al menos en parte, nuestro odio hacia los demás –prosiguió Llama– Tras mucho tiempo tras la búsqueda de algún Ente que, como nosotros, hubiera superado o suprimido su odio, tan solo nosotros cuatro...

– Quizá coincidencia o quizá el destino, un representante de cada tipo –le interrumpió Marea.

–... pudimos reunirnos para intentar establecer una forma de cambiar el curso de la historia –continuó, imperturbable, Llama– Durante meses no nos pudimos poner de acuerdo en una forma de cerrar un pacto por el

cual todos saliéramos ganando. Debatimos y discutimos durante años, sin llegar a ningún lado.

– Tanto tiempo estuvimos en desacuerdo –ahora era Hálito de nuevo el que hablaba– que apenas nos dimos cuenta de la aparición de tu raza sobre el continente. Al principio tan solo os vimos como un animal más, alguna clase de mono grande y algo más inteligente que los demás.

– No te enfades, chico, éramos jóvenes en aquellos tiempos. –Dijo Marea ante el ceño fruncido de Ethan– Además, al principio no hicimos caso de vosotros, pero un tiempo más tarde, nos dimos cuenta de nuestro error.

– Si... –suspiró Montaña– Sin darnos cuenta, un día vimos como un pequeño grupo de humanos había descubierto algunos de los misterios de la magia. Estos humanos se volvieron agresivos e insolentes, pensando que todo lo podían con su nuevo poder.

– Aquellos... magos –dijo Hálito, su voz impregnada de censurado odio– llegaron incluso a matar a muchos de nuestros hermanos, en su mayoría Entes pequeños de fuego y agua. A pesar de que es extremadamente difícil matar a cualquier tipo de Ente con métodos físicos, un diestro uso de la magia puede ser letal para nosotros.

– Ante estos hechos, tan sólo pudimos ver como más hermanos caían a manos de los magos –continuó Marea con tristeza– y antes de que pudiéramos darnos cuenta nos enfrentábamos a gran grupo de magos liderados por Norwood, un hombre que se había hecho muy poderoso, tan rápidamente que apenas pudimos creer que un ser tan... insignificante... pudiera haber amasado tanto poder mágico en tan poco tiempo.

– Intentamos hablar con los Padres de nuestros respectivos pueblos, lo cual resultaba inútil, pues a cualquier mención a la palabra “cooperación” dejaban de escuchar, y todos contestaban con frases como “No necesitamos ninguna ayuda para librarnos de esas moscas que juegan con la magia” – dijo Llama – Y todas las tentativas que hacíamos para hablar con los humanos eran rechazadas mediante multitud de hechizos...

– Hasta que un día –Dijo Hálito, con la voz temblando por el recuerdo– uno de mis hermanos trajo noticias. Había conseguido espiar a varios magos en uno de los campamentos que tenían. Por la conversación que mantenían, pudimos descubrir parte de sus planes. Norwood había encontrado antiguas inscripciones en las que se mencionaba un medio por el cual conseguir magia muy antigua y poderosa... o al menos, eso creían aquellos humanos.

– Ni siquiera nosotros, que habíamos nacido de la magia en su estado natural, sabíamos qué podía ser –ahora era Marea quien hablaba– dado

que ninguno de nosotros había dejado jamás constancia escrita alguna.

– Nos preocupamos ante la mención de magia de la que no teníamos constancia –interrumpió Montaña– Los únicos seres que habían sabido manejar la magia antes que los humanos fueron los dragones y, como nosotros, nunca dejaron ninguna inscripción que mencionase magia antes de extinguirse. Debatimos día y noche qué hacer, pero siempre acabábamos en un callejón sin salida. No sabíamos nada acerca del poder del que hablaba de la inscripción que el mago había encontrado.

Cada vez estábamos más preocupados, ya que nos llegaban noticias de que comenzábamos a sufrir pérdidas más cuantiosas cada vez que atacábamos a los magos. Y no era tan solo eso, sino que ellos habían comenzado a atacar por su cuenta a nuestras fuerzas. Por la información que recibíamos, los magos habían aprendido rápidamente como podían matarnos, y estaban procediendo, bajo órdenes de Norwood, a la eliminación sistemática de cualquier Ente que encontrasen.

– Con lo que llegamos a la creación de este Templo – continuó Llama – Viendo el enorme poder que estaba acumulando, y aunque sin saber lo que realmente pretendía, decidimos llevar a cabo una medida desesperada para que la matanza por parte de ambos bandos se terminase.

- □ -

Al otro lado del portal, en cambio, se estaba dando lugar una sangrienta batalla. Crescentia había logrado librarse de Ea de algún modo desconocido para Eric, aunque cuando la había visto de nuevo tenía la túnica manchada de sangre. Volvía a levitar por encima de todos lanzando lo que parecían llamaradas a los lobos. De hecho, bajo sus conjuros, algunos lobos habían muerto carbonizados.

Por su parte, Eric y los demás aldeanos se habían comenzado defendiendo bien, y en la primera oleada tan solo había habido bajas entre los lobos. Sin embargo, a medida que la batalla se prolongaba, los lobos parecían salir de la nada, y empezaron a aparecer bajas entre los amigos de Eric.

A pesar de la presión que los lobos ejercían en los aldeanos, Eric y sus compañeros habían conseguido avanzar por el camino que marcaba el frío viento, y por fin pudo Eric vislumbrar en la distancia algo que parecía un portal abierto entre dos árboles.

– ¡Ya lo veo! –Bramó– ¡Ahí debe estar mi hijo!

– Ahí debemos ir –dijo Howard, que se les había unido justo antes de que los lobos atacasen por primera vez, tras haber derribado el gran lobo a

Crescentia.

– ¡Si seguimos así lo conseguiremos! –Gritó Eric a modo de ánimo– tan sólo nos queda un pequeño tramo hasta dónde está mi hijo, le rescataremos.

– ¡Cuidado! –Advirtió Gary– ¡Ahí vienen de nuevo!

Y así era, de nuevo los lobos venían a la carrera, con Ea a la cabeza ¡No debéis pasar, seréis eliminados! El bramido telepático del gran lobo les llegó con una claridad increíble, como si éste estuviera a su lado. Todavía avanzando, Eric, Coleman, Gary y Howard se dieron la vuelta para enfrentarse a los lobos que venían.

– ¡Atrévete con nosotros, lobo malnacido! –El grito de Coleman provocó que los lobos aullaran, como si de un grito de guerra se tratara.

– ¡Nadie! ¡Ni siquiera un lobo gigante impedirá que rescate a mi hijo donde quiera que esté! –Aulló Eric a su vez, lanzándose al combate, haciendo que su hacha silbara al cortar el aire.

Cinco lobos cayeron antes de que uno de los aldeanos fuera derribado por otro de los numerosos lobos que ahora les atacaban. Gary corrió hacia el caído, clavando furiosamente su hacha en el cuello del lobo. Sin embargo, otro lobo se abalanzó sobre su espalda haciéndole aterrizar con un duro golpe, muy cerca del otro cuerpo.

Eric sin embargo seguía quitándose lobos de encima. Tenía un mordisco en una pierna y la cara arañada por un lobo que casi consiguió derribarle, pero la adrenalina que corría por sus venas le impedía rendirse, debía seguir luchando, debía llegar hasta donde su hijo se encontraba. Echando un vistazo a su espalda, pudo ver que el extraño portal tan sólo se encontraba a escasa distancia. Dándose la vuelta, comenzó a correr hacia él, gritando– ¡Ethan! –Gritaba Eric– ¡Ethan! ¡Voy en tu ayuda! ¡Aguanta!

*Nadie más que el elegido por los Entes Primeros atravesara el portal* la voz de Ea llegó de nuevo a su cabeza. Sin parar correr, Eric miró hacia atrás y vio que el gran lobo corría directamente hacia él, sus ojos brillantes como hogueras. El portal quedaba ya muy cerca, un esfuerzo más y lo conseguiría, encontraría a su hijo.

Sin embargo, al volver de nuevo la cabeza, vio una enorme bola de fuego que se dirigía hacia ellos lanzada por Crescentia que, varios metros por detrás, caía lentamente al suelo agotada por el esfuerzo.

Cuando consiguió saltar para introducirse por el portal, pudo notar las garras del lobo arañarle la espalda, al tiempo que la bola de fuego hacia

explosión contra el cuerpo de Ea.

- □ -

Mientras tanto, nada de lo que ocurría en el bosque tenía eco en el templo:

– Nos reunimos aquí con un solo propósito: –continuó Marea– la colaboración entre nuestras razas para la destrucción de un mal que nos afectaba a todos, tanto a los Entes como al propio planeta. Nada detendría a Norwood de conseguir lo que buscaba, excepto nosotros –a Marea le temblaba la voz al hablar– Atrajimos al mago y a sus más poderosos lugartenientes a este lugar, donde nuestra trampa les esperaba.

Cuando Marea terminó de hablar, un silencio sobrenatural, casi palpable, cayó sobre el claro. A Ethan le daba vueltas a la cabeza el relato que estos Entes le estaban contando. Nunca había oído nada igual. *¿Dragones? ¿Magos? Esto tiene que ser un mal sueño... esto no puede existir, se repetía, aunque en su fuero interno sabía que no podía ser un sueño.* Notaba el corazón latándole fuertemente en el pecho. Respiraba agitadamente por el nerviosismo. Y sentía como las tripas se le hacían un nudo por el miedo. Todo eso no podía ser producto de un sueño, tenía que ser real.

– ¿Le... le matasteis? –aventuró Ethan.

– Si... aunque fue mucho más difícil de lo que al principio creímos –dijo Marea– Norwood había acumulado mucho más poder del que nunca sospechamos. Nuestro sacrificio acabó con él, por supuesto, pero nos dejó casi sin fuerzas, convertidos en lo que ves delante de ti. Además, con la construcción del templo dimos fin a la guerra entre humanos y Entes. Nosotros nos retiramos a lugares apartados, evitando el contacto con humanos.

– Los Padres de cada una de nuestras razas se reunieron con nosotros poco después de que la calma llegase a los campos de batalla. Nos ofrecieron sus disculpas por lo ignorantes que habían sido. Gracias a ellos y al Padre, este templo está oculto a cualquier ser vivo, y su localización solo la conocen los Padres de nuestras razas, sus descendientes y unos pocos seres de nuestra elección, como Ea, mi Guardián –dijo Llama.

– Pero... Ea... ese lobo –Comenzó Ethan – ¡Intento matarme!

– Lo sé –rió Llama– y lo siento, mi magia no había surtido apenas efecto en él cuando tú te lo encontraste por primera vez...

- Pero el hecho es que fue una suerte que le matases, Ethan –dijo Montaña.
- ¿Por qué? –Preguntó el asustado muchacho– y, si le maté ¿Cómo ha resucitado? ¿Por qué está vivo de nuevo?
- No es solo él, Hacha de Sangre –Repuso Hálito– sino toda esta isla, ¿nunca os habéis preguntado cual es la razón de que día tras día podáis talar la misma porción del bosque y que al día siguiente este ahí de nuevo? Tú mismo has observado su crecimiento durante la noche.
- ¿Cómo... cómo sabes eso?
- Sabemos muchas cosas de las que pasan en el mundo, por eso te hemos llamado.
- Pero, ¿y por qué yo? – interrumpió Ethan
- Estas predestinado a ello –dijo solemnemente Marea– alguien que no tardaras en conocer lo vio, y nos avisó para que mantuviéramos nuestros ojos puestos en ti. Para que, llegado el momento, te llamásemos a nuestra presencia.
- Hacha de Sangre, por favor, mira tu arma –le espetó Hálito.
- Un sorprendido Ethan levanto su hacha, sujetándola con suavidad y observándola detenidamente. Tanto el filo como el resto de la cabeza estaban relucientes, como si hubieran sido recién forjados. En cambio, la empuñadura de madera estaba enteramente empapada en sangre. A la memoria le vino el momento en que el arma que tenía entre manos caía sobre el lobo al que había conseguido pillar por sorpresa.
- Esa sangre que mancha tu hacha –continuo Hálito– la dota ciertas propiedades...
- ¿Propiedades? ¿Poderes? –Se sorprendió Ethan– ¿Quieres decir que esta hacha es ahora mágica?
- Si. –En la voz de Montaña se intuía una sonrisa– ¿Qué esperas, pequeño, en un lugar donde nada muere?
- ¿Dónde nada... muere? –repitió Ethan, que seguía sin creer lo que oía.
- El día en el que destruimos a Norwood –explicó Llama– todo el poder que había amasado en forma de magia salió de él como sale el agua por un dique roto. Gracias a esa magia liberada, esta isla cambio, completamente. Y no tan solo el clima, sino el propio tiempo cambió por intercesion del Padre, haciendo que todo lo que habita en la isla sea

imperecedero mientras esté en ella.

– Entonces... –Las piezas encajaban poco a poco– ¿Por eso podemos talar todos los días los mismos árboles? ¿Por eso Ea estaba vivo de nuevo al día siguiente?

– Así es chico –dijo Marea, se notaba su alegría porque el chico comprendiese– todo lo que habita en el interior del bosque es eterno... inmortal, por decirlo de alguna manera.

– Pero... sigo sin comprender... ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me habéis elegido a mí?

– Estas destinado a ello Ethan. –repitió Llama– si tú no lo consigues, estaremos condenados, este mundo acabara siendo destruido.

– ¿Por qué estás aquí, dices? –Espetó Hálito, impaciente– porque tú eres el que ha de traer de nuevo el mundo a un estado de equilibrio mágico. Ha pasado demasiado tiempo, nosotros apenas tenemos fuerzas, estamos al final de nuestra vida. Los Padres han sido sucedidos demasiadas veces, y algunos ya ni siquiera creen la historia de Norwood. Por lo tanto, apenas tenemos influencia en la actualidad sobre los Entes que pueblan el mundo. El equilibrio mágico del planeta será amenazado de nuevo por un mago, aunque a pesar de nuestra información, no sabemos cuándo ocurrirá, ni quien será, pero se acerca, podemos sentirlo. Solo tú, Hacha de Sangre, eres quien puede ayudarnos.

– Pero... ¡No estoy preparado! –Ethan comenzaba a comprender la magnitud de la situación, aunque creía que era mucho más grande de lo que él imaginaba– ¡Apenas soy un hijo de leñador con un hacha!

– Lo sabemos –continuo Llama– Pero no has de preocuparte por eso, nosotros te ayudaremos con tu preparación. Te ayudaremos a combatir lo que se avecina.

– No nos queda mucho tiempo, Ethan –Interrumpió Marea bruscamente– no puedes quedarte más tiempo aquí, has de volver. No hay tiempo para más... a partir de ahora, tendrás que arreglártelas solo. Pero no te preocupes –continuó cuando Ethan puso cara de preocupación– Intentaremos ayudarte todo lo que podamos. Tienes tu hacha, sus poderes irán aumentando a medida que tú te hagas más fuerte, poco a poco ella misma te ira revelando sus poderes.

– Antes de que partas –La voz de Montaña estaba teñida de miedo, urgencia– tan solo podemos decirte una cosa: Pronto te harás a la mar... te aguardan compañeros leales, Entes amistosos pero, sobre todo, muchos peligros –al tiempo que hablaba, de fondo se oían unos débiles ruidos, como de pasos presurosos y, quizá, alguien gritando en la

distancia.

– Adiós, Ethan –la voz de Marea temblaba– sabemos que podemos confiar en ti. Que los elementos te sean favorables...

– Que los elementos te sean favorables –recitaron los demás al unísono.

Tal y como había llegado, y sin poder pronunciar una palabra en su parálisis, todo se volvió blanco... de un blanco cegador ante el que tuvo que cerrar los ojos.

Al instante siguiente, tuvo la sensación de que el blanco cegador dejaba paso a una oscuridad, pero no una oscuridad fría y desconocida, sino a una oscuridad cálida, vagamente familiar, y por encima de todo, reconfortante.

- □ -

– ¡Hijo! ¡Despierta! ¡Tienes que echarnos una mano! – El muchacho estaba siendo zarandeado por su padre para que se despertara – ¡Ethan, despierta!

– ¿Qué? – Ethan abrió los ojos, confundido – ¿Qué es lo que ocurre esta vez?

– No hay tiempo – le decía Eric – vístete y baja a echarnos una mano.

– ¿Qué ha ocurrido?

– No te preocupes, no es nada grave, pero tienes que bajar a echarnos una mano, ha llegado un barco a puerto –dijo su padre, emocionado– ¡El barco más grande que he visto nunca!

– ¿Un barco?

– Si, ven, rápido – le apresuró, ya desde la escalera – tenemos que ayudar.

Sin prisa, Ethan salió de la cama, con una frase dándole vueltas en la cabeza: *Pronto te harás a la mar*. Eso era lo que los Entes Primeros le habían dicho... si es que no lo había soñado. No obstante, se dio cuenta de que no había sido sueño alguno, ya que de nuevo se encontraba totalmente vestido, aunque esta vez no se sorprendió, y que su hacha colgaba, firmemente agarrada, de su cinturón.

Al asomarse a la ventana, el muchacho pudo ver como su padre se dirigía hacia los muelles, donde un enorme barco, tal y como su padre había dicho, estaba anclado. Una pasarela de madera estaba tendida entre el

barco y el muelle, por la cual iban y venían tanto aldeanos como lo que parecían soldados, todos ellos metiendo los enormes troncos que el día anterior habían talado.

*Pronto te harás a la mar*, pensó de nuevo. Como si de una señal se tratase, en la cubierta del barco vio una figura que parecía un menhir de piedra, que sin embargo estaba moviéndose. Era un Ente de tierra, que cogía hábilmente los troncos que le llevaban tanto aldeanos como soldados y los metía por una abertura, que Ethan no veía, a la bodega del barco.

*Tiene que ser ese*. Tan solo con este pensamiento, el corazón de Ethan comenzó a latir aceleradamente.

Cuando Ethan llegó donde su padre se encontraba, halló a este hablando con un hombre vestido de marino que irradiaba poder y seguridad. Cuando el soldado vio a Ethan le miró de arriba a abajo, como analizándole. Sorprendentemente, una sonrisa torció su rostro.

– Vaya, vaya, que muchacho tan interesante. –dijo.

– Oh, aquí estas, Ethan –dijo Eric dándose la vuelta– ves con Gary y los demás, cuantas más manos, mejor.

– No le despida tan rápido, Eric –dijo el hombre con una voz profunda– me gustaría hablar un segundo con este muchacho. ¿Es tu hijo, quizás? El parecido es sorprendente.

– S... si, es mi hijo –un nerviosismo repentino tomó la voz de Eric– se llama Ethan. Ethan, éste es el Capitán Devries.

– ¿Ethan, eh? –Repuso Devries, ensanchando aún más su sonrisa– curioso.

– ¿Curioso, señor? – dijo Eric.

– Si, me recuerdas a mi cuando era un cadete –murmuro el Capitán, como hablando consigo mismo– Ethan, ven conmigo, hablemos –continuó, afablemente.

– Mmm, Ethan, ves con él, yo iré a ayudar a Gary –el tono de voz del padre de Ethan denotaba una cierta preocupación.

Mientras Ethan veía como su padre se alejaba presuroso tras sus compañeros, el Capitán le pasó uno de sus enormes brazos por encima de los hombros y le llevaba caminando lentamente hacia el muelle que conducía al barco. Mientras caminaban en silencio, Ethan estudió atentamente a Devries. Media una cabeza más que Ethan, y era tan sólido

y musculoso que se hubiera dicho que estaba hecho de hierro. Incluso su pelo, cortado a cepillo, le daba un aspecto más fiero aun. Sus facciones denotaban el largo tiempo pasado en el mar: cara curtida por el viento y la sal, tez morena...

– Bien, chico, ¿te gusta mi barco? –comenzó Devries

Se habían detenido en frente del barco atracado en el muelle. Un enorme barco estaba atracado en el muelle. Desde donde se encontraba, Ethan podía a ver una enorme pasarela apoyada en el muelle de piedra, por la que subían hombres cargando troncos, y bajaban otros apresuradamente. El barco era una enorme fragata blanca de tres mástiles, cada uno de los cuales llevaba cinco velas, además de que entre el mástil de proa y la punta del barco había otras cinco velas triangulares más pequeñas.

– Ven, subamos a bordo, tenemos que hacerte una oferta –dijo el Capitán, reiniciando la marcha hacia la pasarela.

– Perdón, señor, ¿tenemos? –Preguntó Ethan, extrañado– ¿Hay alguien más importante que usted a bordo?

– Bueno... –Una sonrisa volvió a aparecer en el rostro de Devries– depende de cómo lo mires, pero sí, en cierta forma es más importante que yo.

Caminaron por la pasarela hasta llegar a la cubierta del barco. Devries, sin decir una palabra, señaló detrás del segundo mástil de la cubierta. Mientras avanzaba hacia allí, el muchacho recordó que ahí es donde había visto el Ente de tierra desde su habitación.

Al llegar hasta donde el Ente se encontraba pudo ver como éste seguía entretenido metiendo los troncos que marineros y aldeanos por igual le iban trayendo a ser la bodega del barco.

– Ah, Eres tú –le dijo el Ente en cuanto le vio. Su voz estaba teñida de lo que parecía una paciencia infinita– enseguida estoy contigo, chico.

Mientras el golem seguía trabajando, Ethan se fijó en él. Eran un Ente de aproximadamente tres metros de altura, hecho de lo que parecía ser granito. Estaba inmóvil en la cubierta, de hecho, más que estar fijo a esta, daba la impresión de que el Ente formara parte de la cubierta.

– Bueno, esto ya está. Grumetes, será mejor que vayáis abajo para asegurar los troncos, no creo que nos gustase que se soltasen en mitad del oceano–el Ente hablaba con los dos marineros que habían traído el último tronco. Cuando se fueron, se giró hacia Ethan– Siento haberte

tenido esperando chico. Veamos, tú eres...

– Ethan, s... señor –no estaba seguro que tratamiento tenía que darle al golem.

– Oh, sí. Ya recuerdo. ¡Bien! Supongo que el Capitán Devries te habrá hecho ya una oferta, ¿verdad? –el tono de voz del Ente daba a entender que estaba sonriendo, a pesar de que no había boca alguna en su cara.

– Sí, claro, pero me dijo que primero tenía que hablar con vos...

– Oh, venga, tutéame, como todo el mundo, nadie en siglos me ha tratado de usted ¿Qué ocurre? ¿No habías visto un Ente nunca?

– Bueno... la verdad... hasta hace muy poco... no.

– Ya me parecía a mí –se rio– Oh, vaya, como siempre, me olvido de presentarme. Mi nombre es Catapulta, a tu servicio –dijo, haciendo lo que parecía una reverencia– Bien, a lo que íbamos. ¿Te gustaría unirse a nosotros? Una buena preparación ante el futuro es lo que todo el mundo necesita.

– Bueno, yo... –la pregunta le había pillado de improviso. Además, parecía como si el Ente le hubiera estado esperando.

– Si, lo siento, es uno de mis defectos, a veces soy demasiado directo –dijo Catapulta, con un movimiento que Ethan interpretó como un guiño– De todas formas, has de contestar relativamente rápido... zarparemos en un par de horas.

– Si, acepto –tanto la interrupción de Ethan como su respuesta dejaron a Catapulta paralizado momentáneamente, y ahora el sorprendido fue él.

Lentamente, uno de los enormes brazos del Ente cogió a Ethan por el torso, como para observarle. Ethan, sorprendido, intentó liberarse de la gigantesca mano que lo aprisionaba, pero una voz dentro de su cabeza hizo que sus esfuerzos se detuvieran: *No tengas miedo, tú tienes otro destino que el de un simple marinero.*

Catapulta tenía a Ethan a unos dos metros del suelo, como observándole detenidamente. Aun con Ethan en la mano, el golem miró hacia arriba como buscando algo. De golpe, Ethan comprendió lo que el Ente se proponía hacer, *no, no, no, no...* se repetía mentalmente, una y otra vez, renovando sus esfuerzos por liberarse.

*No temas, muchacho, ya he hecho esto muchas veces.* A pesar de las palabras tranquilizadoras del Ente, el chico no dejaba de tener miedo por lo que veía venir. Aun así, hizo lo que el Ente le decía y dejó de moverse,

cerrando los ojos con todas sus fuerzas. Entonces fue cuando lo sintió.

Con una enorme fuerza, Catapulta lanzo a Ethan hacia el cielo. Aun con los ojos cerrados, el chico notaba como iba pasando cerca de las cuerdas que había entre las velas. Notaba como el aire silbaba en sus oídos. No se movió por miedo, ni siquiera abrió los ojos hasta que empezó a notar como su ascenso iba ralentizándose. Lo que vio entonces le dejó sin respiración.

Ascendía en paralelo a una tensa cuerda que se encontraba a no más de un par de metros de él. Mirando hacia abajo, Ethan pudo ver tanto el barco como parte del pueblo y de la isla, de un tamaño no mucho más grande que su mano, haciendo que su estómago se encogiera de la impresión.

El chico seguía notando como perdía velocidad gradualmente.

Un chapoteo.

– ¡Oh! Que bien, aquí estas –una extraña voz, similar al sonido de un enorme río, hablaba– empezaba a pensar que no llegarías.